

RESEÑA

Migración Forzada y Conflicto Armado Interno en Colombia: un Acercamiento a “Volver Para Qué. Crónica Sobre el Desarraigo” de Daniel Rivera Marín

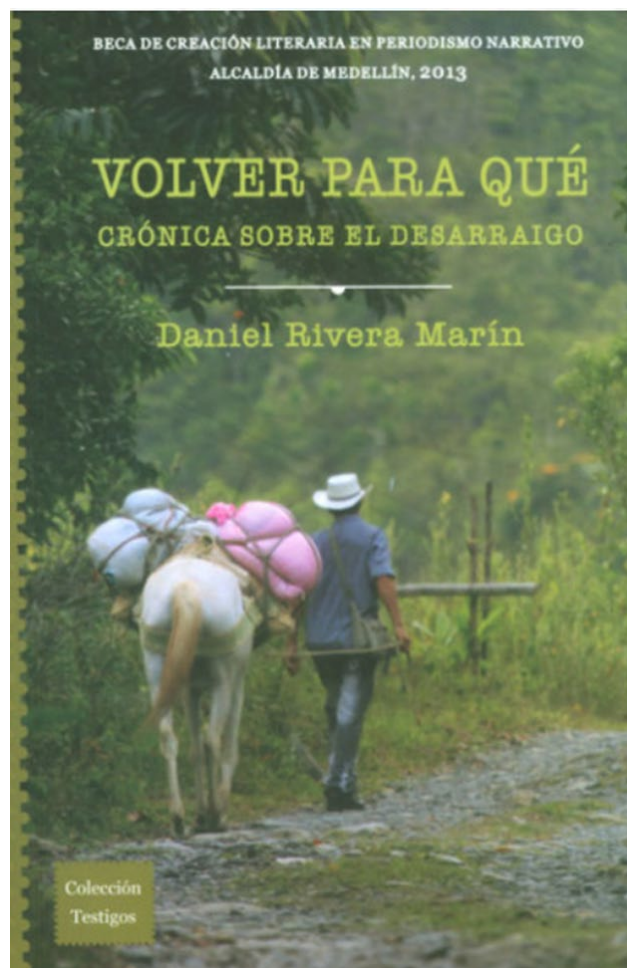
Laura Paola Fajardo Leal¹

Colombia



Para citar: Fajardo, L. (2025). Migración forzada y conflicto armado interno en Colombia: un acercamiento a “volver para qué. Crónica sobre el desarraigo” de Daniel Rivera Marín. *Revista Ciudad Paz-ando*, 18(1), 119-124. doi: <https://doi.org/10.14483/2422278X.23301>

¹ Magíster en Estudios Artísticos por arrebato y Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas por resistencia. Docente de un idioma español seductor por su imperfección. Amante secreta de las letras, la curaduría y la crítica de arte. Gestora de proyectos como “La Flâneur Suburbana”, dedicado a liberar palabras para evitar naufragios. Investigadora y creadora en artes y estudios visuales. Integrante del grupo de investigación: Athanor. Correo electrónico: arualeal1800@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8001-1698>



Un día del año 2001, venía con sus cuatro hijas de la vereda Las Faldas, donde vivía. Faltaban solo un par de kilómetros para llegar al pueblo y apostados en la carretera un grupo de veinte paramilitares en un retén clandestino esperaban la chiva. Hicieron bajar a todos los pasajeros y de unos treinta que eran, solo llamaron a dos hermanos que iban acompañados por su madre. Se los llevaron para un montículo de tierra a unos diez metros al frente de la chiva –a esas diez de la mañana el día estaba oscuro, quería llover– y uno de los paramilitares levantó una motosierra que estaba en el piso, la encendió, y al hermano que parecía mayor, que llevaba una camiseta azul –rubio, ojos azules, flacuchento, unos veinte años–, le atravesaron la motosierra por el pecho y lentamente, mientras el verdugo era salpicado por la sangre, la bajaron hasta partirlo en dos. Su hermano se desmayó y su madre corrió aterrorizada. Eunice hoy recuerda los gritos y todavía se tapa los oídos. Luego al desmayado le cortaron los brazos y le dieron un tiro en la frente. Los pasajeros de la chiva corrieron en dirección a Granada. Ese mismo día, Eunice cogió a sus niñas, sus chiros y se fue para Medellín. (Rivera, 2014, p.87)

Así como Eunice y sus hijas las protagonistas de esta historia, campesinos, terratenientes, empresarios, mujeres, infantes de distintas etnias y otros han abandonado su entorno rural para huir a las capitales donde, contradictoriamente, las posibilidades se reducen de manera significativa. No obstante, la heterogeneidad del conflicto colombiano permite considerar la magnitud creciente de víctimas de distintos actores armados que han apelado a la inminente decisión del éxodo como posibilidad de distanciamiento y olvido frente a los actos de barbarie, pero también como mecanismo de re-existencia.

Luego entonces surge una enorme paradoja: el crecimiento exponencial y demográfico en las grandes ciudades no es directamente proporcional al deber del Estado de suplir las necesidades de todos los ciudadanos como parte de sus derechos fundamentales. Pues, más allá de ser simplemente altruistas y accionar los sentimientos de compasión al cruzar con un grupo de desplazados en vía pública, resulta sumamente complejo reconocer que la migración forzada y masiva no es solo una cuestión de movilidad y cambio de lugar, sino un fenómeno plural por causas tan diversas como

las disputas por el control territorial, las presiones por la tierra hasta intereses propios de la esfera público-privada que configuran unas “*geografías del terror*” (Oslender, 2006) marcadas por la desterritorialización, ausencia de identidad y sentido del lugar, así como la naturalización del temor y la violencia.

Dicho esto, “*Volver para qué. Crónica sobre el desarraigo*” del periodista Daniel Rivera Marín (2014), propone una serie de tensiones sociales alrededor de la migración forzada como un eje de continuidad histórica en Colombia con ocasión de la violencia armada a través de narrativas del despojo contadas por sus protagonistas, admitiendo una mirada crítica frente a los simbolismos de la memoria, así como a la construcción de la identidad individual y colectiva.

Pervivencia Del Éxodo En Colombia: Acciones, Causas E Implicaciones

Por el camino, que recorre con la calma que no conoce, Elkin cuenta cuantas veces le tocó ver los cadáveres de conocidos con señales de tortura: sin uñas, con apenas unos cuantos dedos, sin lengua, sin genitales, desnudos y desgarrados. Lo dice como si se tratara de un inventario, como el que se acostumbra a ver pasar lo terrible todos los días (Rivera, 2014, p. 63).

La recurrencia de los actos violentos en Colombia ha conducido a naturalizar la barbarie a través del lenguaje. El consumo exacerbado de producciones significantes a través de medios audiovisuales, experiencias vividas como en el caso de Elkin, así como los procesos de transformación socio histórica, han propiciado la inmanencia del terror en la cotidianidad. Existe un proceso sistemático y complejo de anulación del «otro» que agudiza las relaciones entre quien migra como un sujeto anónimo y aquel ciudadano de a pie que ignora su presencia desconociendo las tensiones y hechos sociales asociados.

De acuerdo con Naranjo (2001) “en Colombia el desplazamiento es un eje de pervivencia histórica que atraviesa la vida nacional desde la fundación de la república hasta el presente y a lo largo del tiempo manifiesta coyunturas agudas y periodos de relativa estabilidad poblacional” (p. 81). En efecto, al ser un acto de progresión temporal, se ha interiorizado en la memoria de víctimas directas o indirectas del conflicto armado siendo objeto de estudio cuantitativo que, si bien arroja luces estadísticas acerca de la magnitud de la problemática, invisibiliza al migrante-desplazado-refugiado categorizándolo como un objeto más de análisis; es decir, regularizando su rol. Así las cosas, tipificar la existencia del migrante forzado, conduce a eludir del panorama las causas colaterales del éxodo.

Las principales razones que impulsan tanto la migración como el desplazamiento forzado incluyen: los conflictos armados, la violencia derivada de la delincuencia común, las desigualdades provocadas por la corrupción y la falta de eficacia estatal, la intolerancia social que produce un clima de inseguridad e incertidumbre incompatible con una vida cotidiana normal, así como la incidencia del narcotráfico y los movimientos del capital internacional. (Benavides, 2001)

Estas causas definen y reafirman la decisión del abandono, la renuncia involuntaria al hogar y la incertidumbre de la trashumancia. Así lo relata Luis, quien huyó de Santa Ana en el año 2005 con sus dos hijas, Alejandra y Luisa Fernanda y su esposa Blanca Oliva. La decisión de huir se produjo por un intento de toma guerrillera que concluyó con tres soldados muertos. Cuenta Luis que el hecho desencadenó la ira de los militares decididos a buscar culpables:

Llegaron y me llamaron y el saludo que me dio el capitán fue un manotazo en la cara, de una. Y yo ahí mismo le dije: “¿qué le pasa pues?”. Y él me dice usted es una gonorrea, hijueputa, que llévenselo que no sé qué. Entonces ya me tuvieron secuestrado todo un día en la casa de la cultura. Yo sin comer nada, me trataban muy mal, me torturaron: me decían que me iban a matar y me pegaban con el fusil en la cabeza y me la rompieron y yo bañado en sangre. Hasta que me largaron y me dijeron si lo vuelvo a ver por aquí lo pelo, y si se pone a denunciarnos por allá le echamos a los paracos. (Rivera, 2014, p.76)

La anécdota anterior evidencia que la decisión del éxodo se encuentra mediada por la presión que ejercen los actores armados involucrados en la lucha por el control territorial. No obstante, esto es una violencia inadvertida, esos vestigios de violencia perturban física y psicológicamente a las poblaciones víctimas que huyen, pero también a quienes deciden quedarse:

...Mientras cuenta su historia de irse sin rumbo trazado, dos niños al lado del quiosco juegan a matarse. El más pequeño, que viste una camiseta naranja, una pantaloneta azul y unas chancas, aprovecha que el mayorcito le da la espalda, como quien no quiere jugar más, y le dispara a mansalva con sus balas invisibles que salen de un revólver que es solo un tubo. (Rivera, 2014, p. 25)

Las consecuencias de estas acciones atroces no afectan únicamente a la población que huye, sino a la infancia que replica acciones bélicas, constituyendo un efecto de la colonización del terror que embarga los “paisajes de miedo” (Oslender, 2006), a los cuales las

poblaciones deben enfrentarse y que se configuran a partir de formas de crueldad y actos que provocan el desplazamiento forzado.

Considerando que los mecanismos heterogéneos del conflicto armado inciden en la migración en sus aspectos constitutivos, Rivera (2014) destaca la presencia de la víctima no con miras a perfilar su representación, sino resaltando las narrativas que refieren al lugar del migrante en el evento del desplazamiento.

¿Qué Ocurre con el que Migra? de la Geografía del Terror a la Ausencia del Lugar

En grupos numerosos, en núcleo familiar o individualmente se huye lejos del lugar propio con lo poco que las manos pueden sostener y el peso máximo que el cuerpo y memoria pueden resistir. Los viajes se convierten en una hazaña tediosa y perturbadora. Según Rivera (2014):

El tiempo perdido del camino, la luz de la llegada. Las filas en las terminales, el olor del vómito de los niños, el calor, las películas de sangre muy vivas casi en todo el trayecto, la comida, siempre papas, arroz y pollo, ese olor tan particular de los buses viejos, entre motor caliente y embrague quemado. (p. 9)

Este periplo del migrante-desplazado parte de una necesidad de distanciamiento de las "geografías del terror"; aquello que Oslender (2006) denomina como "la transformación de lugares y regiones en paisajes de miedo con unas articulaciones espaciales específicas que rompen de manera dramática, y frecuentemente imprevisible, las relaciones sociales, locales y regionales" (p. 161).

En este sentido, las *geografías del terror* presentes en el Oriente Antioqueño, sector donde Daniel Rivera Marín y el fotógrafo Julio César Herrera desarrollan su labor periodística y recopilan las crónicas, se establecen a partir de la atrocidad como estrategia de dominación, de allí los actos de barbarie como coacción, interiorizándose como elemento propio de la singularidad de algunos migrantes-desplazados, lo que genera estigmatizaciones sociales frecuentes. He aquí un ejemplo: "La gente, se da cuenta, que nosotros somos miedosos. Así es, mentiras no son. Y del miedo, nosotros siempre vivimos así, con miedo" (Rivera, 2014, p. 99).

En consecuencia, la ausencia del lugar del migrante-desplazado, des-territorializado, posibilita dicha interiorización a razón de un deterioro de su identidad. El distanciamiento del territorio vital y el abandono de los elementos materiales y simbólicos que lo componen más los rastros de la violencia en la memoria, le conducen a adecuarse a circunstancias de habitar un

nuevo espacio. Al respecto, resultan reveladoras las palabras de Naranjo (2001) al referirse a la frontera entre aquel que llega y quien ya se encuentra allí:

En situación de desplazamiento se produce una desactivación de las identidades previas.. Esta desactivación es puesta en marcha cuando el grupo de desplazados es definido por pertenencias imputadas, es decir, por una nominación externa a ellos, muchas veces arbitrarias y no asociada con lo que ellos son, hacen, piensan, creen o desean. (p. 90)

Podría hablarse de una doble des-territorialización, pues el evento es recurrente cuando el desplazado llega a diversos sectores del país y vía la estigmatización infundada, se le impide movilizarse, permanecer en situaciones indignas. La historia de Carlos Alirio y Ana Bertha quienes abandonaron su hogar durante cinco años, permite comprender la magnitud del desarraigo:

En esos cinco años los Peláez durmieron en el mismo cuarto, víctimas del calor al que no estaban acostumbrados y de los zancudos que hacían con ellos el festín de cada noche.. Ana Bertha dice que "lo más difícil fue la gente, muy grosera, muy maleducada, ¿cómo le dijera yo?, el aire muy contaminado. Y dice indignada que todo fue muy maluco y que el barrio era muy peligroso y ellos que ya habían vivido la guerra, no se iban a aguantar.. (Rivera, 2014, p. 45)

Las tensiones marcadas por la diferencia y la concepción del migrante-desplazado como extraño y sujeto sumido en una condición de vulnerabilidad que atraviesa una lucha por ingresar a un nuevo tejido social, permiten distinguir aquello que Naranjo (2001) desarrolla en términos de *desplazamiento damnificado* y *desplazamiento bandido*:

La primera representación activa sentimientos de conmiseración y condolencia que se expresan en la limosa y la compra de dulces en buses y semáforos; pero también activa las solidaridades..La representación del *desplazamiento bandido* parte de la idea generalizada y el lugar común según el cual, si alguien es amenazado y tiene que dejarlo todo, por algo será, alguna deuda sin saldar tendrá. (p. 98)

El *desplazamiento damnificado* asume al desplazado como sujeto de asistencia, desamparado y damnificado. No obstante, subestimar su individualidad y caracterizarlo como objetivo de adjetivaciones destructivas, posibilita una violencia simbólica que anula la heterogeneidad, sus identidades en contraste, roles y narrativas, así como

interpretar las realidades del conflicto armado y el desplazamiento como problema humanitario.

Leer entre Líneas los Vestigios de la Memoria

Retomando a Oslender (2006), los *paisajes de miedo* que atesoran los recuerdos de una vida en calma, narran las experiencias de la violencia manifestas en el deterioro y transformación de los sectores antes deshabitados. Así pues, los espacios hablan a través de la crónica: “La cuadra tiene quince casas y doce están desocupadas, a medio caer. Unas están sin puertas y techo, comidas por el tiempo y el abandono, otras deterioradas: las paredes desgastadas, tarjadas, se están cayendo lentamente, esperando quien las salve” (Rivera, 2014, p. 77).

En las zonas del terror quedan impresas las huellas del pasado violento. Las escenas se convierten en remembranzas de los sucesos en relación con la transformación radical del territorio habitado que incluso, el mismo autor del libro se atreve a narrar de Granada a San Carlos:

Por la carretera, que se tuerce como una culebra sobre el agua, se ven las casas abandonadas pintadas con un hollín grasoso, las ventanas despojadas del marco, las puertas un hueco y adentro un monte siniestro como un túnel sin luz. Pienso entonces en lo que pudo haber pasado: la noche, las amenazas y una familia huyendo en medio del fuego cruzado entre guerrilleros y paramilitares y soldados, los mismos pobres todos en el mismo cuadro. Y luego una casa quemada y una familia perdida en el tiempo. (Rivera, 2014, p. 101)

Las huellas de la violencia que se leen en los *paisajes de miedo* también se encuentran allí como elementos simbólicos para recordar, re-construirse y hacerlas partícipes de los procesos esperados de re-territorialización. El atesoramiento de objetos se convierte en materialización de la memoria²:

Como si fuera el secreto mejor guardado del pueblo, nos vemos con Sonya en una casa en la que se reúnen las víctimas y que tiene regados por las paredes recortes de prensa en los que se habla de masacres de

diecisiete muertos, de nueve muertos, de veinte muertos; de desaparecidos que familiares buscaron hasta que un paramilitar desmovilizado dijo dónde, cuándo, cómo; los recortes son un intento desmedido por no olvidar, por hacer memoria y que quede no el recuerdo del recuerdo, apenas la bruma, sino lo más parecido a la realidad. (Rivera, 2014, p. 110)

Hacer memoria se convierte en una oportunidad para la no repetición de los hechos, recobrar el sentido del lugar que ya no es visible sino interno. En conclusión, la posibilidad de dicho retorno es una entrada a la reconciliación, restablecimiento de derechos y, por qué no, a la redefinición del yo, del lugar, de ese «otro» que no es ajeno, de la identidad colectiva. La re-territorialización corresponde a un escenario de encuentro con aquello que fue abandonado, con la reparación moral y hasta con un sentido social y cultural distinto. Esto supone nuevas lecturas del aquí y el ahora, al igual que estados emergentes de vivir y sentir espacios que empiezan a ser habitados.

No sobra mencionar que por sí solo el retorno no desdibuja los *paisajes de miedo*, pues no es una finalización de la experiencia violenta. Regresar se convierte en un sinónimo de habitar un mismo lugar bajo circunstancias y experiencias distintas que se hacen ajenas para quien no vive en confrontación con la violencia armada. En efecto, re-territorializar-se siempre será un proceso más complejo que el simple retorno, en tanto puede que no suceda. El migrante-desplazado puede volver a su hogar, pero con la pérdida total del sentido del lugar sin desatender a la necesidad de recordar. En esto consiste la experiencia misma de quien huye del ruido ensordecedor de la guerra: ¿a dónde regresar? ¿Volver para qué?

“Volver. La palabra, el verbo, las razones. Volver, mudar, dar vueltas. Volver para qué sino apenas entender, escuchar, dar vueltas” (Rivera, 2014, p. 22).

Referencias

- Benavides, A. (2001). Fronteras, migración y desplazamiento. Una mirada internacional del conflicto. En M. Segura (Ed.), *Éxodo, patrimonio e identidad. Memorias 2000. V Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado*. (pp. 174-188). Museo Nacional de Colombia, Ministerio de Cultura.
- Naranjo, G. (2001). Reinención de la identidad. Implicaciones del desplazamiento forzado en las culturas locales y nacional. En M. Segura (Ed.), *Éxodo, patrimonio e identidad. Memorias 2000. V Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado*. (pp. 78-102). Museo Nacional de Colombia, Ministerio de Cultura.

² Al respecto, resulta sugerente la propuesta creativa de Erika Diettes titulada “Relicarios” como atesoramiento de los recuerdos de las víctimas del conflicto armado colombiano convertidos en reliquias que conmemoran a los desaparecidos y permiten asistir a los procesos de memoria y dignificación del dolor. Parte del proceso artístico puede observarse en el siguiente link: <http://www.erikadiettes.com/-relicarios/>

Oslender, U. (2006). Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: La construcción de "geografías del terror". En D. Mondragón., y C. Piazzini (Ed.), *(Des) territorialidades y (No) lugares: Procesos de configuración y transformación social del espacio*. (pp. 155-172). La Carreta Editores E.U, Universidad de Antioquia.

Rivera, D. (2014). *Volver para qué, Crónica sobre el desarraigo*. Fondo Editorial Universidad EAFIT, Alcaldía de Medellín.

